“Histórias do Trabalho no Sul Global”
“Historias del Trabajo en el Sur Global”
“Labour Histories from the Global South”
I Seminário Internacional de História do Trabalho
V Jornada Nacional de História do Trabalho
Universidade Federal de Santa Catarina, Florianópolis
25-28 de Outubro de 2010

Del trabajo al piquete: las experiencias de lucha en la Argentina (1996-2001)

Andrea Andújar[1]

1. Introducción:

Sara, Marina y Alicia nunca se conocieron y es probable que jamás lo hagan. Sara, que ronda los 65 años de edad, vive “desde hace mucho”[2] -como refiere con su hablar pausado- en Cutral Co, ciudad localizada en la Patagonia argentina. A casi dos mil kilómetros de distancia, en la localidad de General Mosconi -ubicada en la provincia de Salta, en el noroeste argentino- vive Marina, una mujer mucho mayor que Sara. Llegó allí en 1949, con 25 años de edad, un marido, una hija y un hijo pequeños, y la experiencia de haber pasado un año “cosechando la caña” en un ingenio azucarero emplazado en una provincia cercana[3]. Justamente de los alrededores de ese ingenio es Alicia, nacida en 1961

[1] (IIEGE/UBA)
[2] Entrevista de la autora a Sara, Plaza Huincul, 20 de diciembre de 2003.
[3] Entrevista de la autora a Marina, General Mosconi, 12 de junio de 2004.

en Libertador General San Martín, ciudad situada en Jujuy, provincia que limita con Salta[4].

Sus trayectorias vitales siguieron derroteros muy diferentes aunque las experiencias de Sara y Marina se hallaron profundamente atravesadas por la existencia de Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF), empresa estatal que desde su fundación en 1922 y por casi 70 años, fue nodal para la explotación del oro negro en la Argentina. Su presencia marcó el rumbo de la comunidad de Cutral Co y la colindante Plaza Huincul, fundadas en 1918 y 1933 respectivamente. De hecho, la supervivencia de Sara y de su familia, como la de muchos de los habitantes de esta región patagónica, dependió de esta compañía. Ella, en particular, trabajó allí como empleada de la sección contaduría entre 1971 y 1993, año en que debió acogerse al retiro voluntario[5]. Algo similar sucedió con Marina pues desde que llegó con su familia a General Mosconi, cuyo desarrollo también estuvo ligado a YPF, su marido halló trabajo como ordenanza dentro de la empresa. Cuando crecieron y hasta que la petrolera fue privatizada, tres de sus cuatro hijos ingresaron asimismo a trabajar en ella, en tanto dos de sus tres hijas se casaron con obreros ypefeanos[6]. Muy distinta fue la vida de Alicia, una mujer que jamás asistió a la escuela ya que de pequeña se vio obligada a trabajar con sus padres en la zafra azucarera del Ingenio Ledesma, una poderosa compañía privada que ha dominado buena parte de la vida de la comunidad jujeña. Pese a que nunca contó con un trabajo estable y menos aún, con un marido con quien compartir la crianza de sus ocho hijos/as, a Alicia no le faltaron fuerzas para proporcionarles un techo en un terreno que ella ocupó y en el que construyó una modesta casa.

Pese a las distancias geográficas y los divergentes recorridos de estas mujeres, las historias de Sara, Marina y Alicia se enlazan en un período marcado por agudas confrontaciones en las que ellas, junto a las comunidades de las que forman parte, intentaron poner límites a la embestida neoliberal que se profundizó en la Argentina durante la década de 1990, bajo las presidencias consecutivas de Carlos Saúl Menem (1989-1999). Fue en esos tiempos, caracterizados por la desregulación y liberalización de

[4] Entrevista de la autora a Alicia, Libertador General San Martín, 26 de octubre de 2004.
[5] El retiro voluntario fue el eufemismo legal con el que en la Argentina se encubrieron los despidos de los trabajadores de las empresas estatales privatizadas entre fines de la década de 1980 y comienzos de 1990, tales como YPF.
[6] Se conoce con este nombre a los trabajadores petroleros de YPF. Tal denominación ha sido una marca identitaria construida por los propios obreros. Las razones y el significado de ello se explicarán más adelante.

la economía, la apertura comercial y financiera, la reforma laboral y una re-estructuración estatal que contempló la privatización de las empresas públicas y el retiro del Estado de las funciones de protección y seguridad social[7], cuando noveles formas de organización y de resistencia hicieron su aparición en el escenario político. Fue ante esas políticas que condujeron al colapso del ya crítico aparato productivo industrial y al aumento de los niveles de desempleo, pauperización y vulnerabilidad social a dimensiones históricamente desconocidas en la Argentina, cuando varones y mujeres como Sara, Marina y Alicia se negaron a seguir cargando sobre sus espaldas los efectos de un sistema que bregaba por excluirlas/os.

Esa negativa se expresó colectivamente a través de una herramienta innovadora de lucha: el bloqueo de rutas. Y bajo su amparo y rápida expansión como metodología beligerante, fue gestándose un nuevo sujeto social: los movimientos piqueteros. De sus orígenes y posterior desarrollo trata este trabajo que pone su foco en los procesos de conflictividad acaecidos entre 1996 y 2001 en la Patagonia –específicamente en las ciudades de Cutral Co y Plaza Huincul, en la provincia de Neuquén-, y en el noroeste del país –en las localidades de General Mosconi y Tartagal, provincia de Salta, y en Libertador General San Martín, provincia de Jujuy-. La razón de tal elección geográfica y temporal estriba en que la concatenación de estas formas particulares de confrontación con el neoliberalismo adquirió una particular contundencia a partir de los primeros cortes de rutas ocurridos en Neuquén durante 1996 y 1997, y continuados posteriormente en Salta y en Jujuy. Por otro lado, desde esas experiencias los movimientos piqueteros comenzaron a sentar las bases de su propia identidad, canalizando múltiples protestas, trazando alianzas con diversos sectores sociales y edificando alternativas formas de participación y acción. Ello confluyó en la profundización de las movilizaciones sociales y la violenta crisis institucional desatada en diciembre de 2001, que enmarcaron la renuncia de Fernando de La Rúa a la presidencia de la Argentina.

Mas la indagación que aquí postulo examina centralmente la masiva y activa presencia de las mujeres en estas acciones así como en el surgimiento de los movimientos piqueteros, cuestión que ha sido escasamente ponderada por la historiografía hasta ahora.

[7] Es extensa la bibliografía que refiere a la profundización del modelo neoliberal en Argentina, cuyos pilares comenzaron a sedimentarse a partir de 1975 y particularmente, durante la última y feroz dictadura militar (1976-1983). Para un análisis de este proceso puede verse Novaro (1994); Gambina y Campione (2002); Rapoport (2003), entre otros.

En efecto, los diversos estudios sobre esta problemática coinciden en señalar que tales movimientos, conformados básicamente por personas desocupadas, lograron mediante los cortes de rutas, hacer oír sus reclamos a las autoridades gubernamentales, tornándose así visibles cuando estas, contando con el silencio de los medios de comunicación o la complicidad anuente de las organizaciones más representativas del movimiento obrero, pretendían ser indiferentes o acallar la gravedad de la pobreza a la que estaban condenando a buena parte de la sociedad argentina. Sin embargo, la mayoría de las investigaciones suelen dar cuenta de la participación femenina en tal proceso sólo en términos numéricos o testimoniales, abonando a suponer la identidad del movimiento piquetero como masculina e interpretando el rol desempeñado por las mujeres básicamente como un acompañamiento de las acciones de los varones. Asimismo, tal acompañamiento es percibido como una suerte de irrupción en la escena pública, y por tanto, sin lazos de continuidad hacia el pasado en lo que hace a la experiencia política individual y colectiva de estas mujeres. De tal modo, y a pesar de que algunos de estos análisis observan que la participación femenina ha sido amplia fundamentalmente en la base de las organizaciones[8], dicha participación no es indexada al proceso de construcción de las mismas pues se afirma que la existencia de los movimientos piqueteros precedió a estas presencias femeninas (Svampa y Pereyra, 2003) y que fue en ellos, además, donde mayoritariamente estas mujeres realizaron sus primeras intervenciones políticas en la vida comunitaria (Auyero, 2004). Ausentadas en los análisis, entonces, la literatura tanto política como académica reenvía los orígenes de los movimientos piqueteros y las experiencias de lucha de tal colectivo a las experiencias históricas provenientes de los elevados niveles de organización de la clase obrera (masculina) argentina, de sus formas de lucha encaradas contra la patronal (el piquete, justamente), o al resquebrajamiento de las tradicionales formas de lucha (como las huelgas), entre otras cuestiones.

Yo debato con esas miradas en primer lugar porque el uso de la historia oral, metodología heurística en la que se nutre este trabajo, me ha permitido acceder a otras fuentes y, particularmente, a los testimonios no sólo de los varones que participaron de

[8] Para el caso de la bibliografía estrictamente académica, se puede citar el estudio de Svampa y Pereyra (2003) y de Heike Schaumberg (2004).

estos eventos sino también de las propias mujeres. Y es en sus relatos donde ellas se ubican como protagonistas de estas acciones de protesta colectiva. Asimismo porque a través de estas narrativas femeninas puede descubrirse que muchas de estas mujeres tenían una experiencia de participación pública previa donde adquirieron saberes organizativos que luego volcaron en los cortes de ruta. Finalmente, porque considero que esas experiencias previas, inseparables de su pertenencia a las clases trabajadoras, estuvieron atravesadas por la construcción social de la diferencia sexual y la diferencia de poder articulada en torno a ella. En ese sentido, examinar sus historias no porta aquí la intención de adicionar partes a una Historia que se supone pasible de quedar más completa en caso de que "estas voces –femeninas- que nos llegan del pasado" sean incorporadas a ella. Contrariamente, pretendo "generizar" estas protestas o dicho de otro modo, aventurarme en su análisis explorando cómo esas prácticas y subjetividades fueron modeladas en torno a los atributos culturalmente asignados a ser (y actuar como) mujer y varón. Entiendo entonces, que escudriñar la dimensión de género entrecruzándola con la pertenencia de clase e incluso, con las diferencias construidas en derredor del origen étnico y regional, permitirá comprender de manera más compleja a los sujetos y sus experiencias de participación, sus alicientes, esperanzas y acciones a la hora de conformar diversos colectivos, las formas y los entramados de la conflictividad social, y el contenido y alcance político de las acciones de resistencia y lucha dinamizadas.

2. Edificando resistencias: el origen de los movimientos piqueteros:

En la tarde del 20 de junio de 1996 los habitantes de Cutral Co y Plaza Huincul, localidades petroleras lindantes entre sí y distantes a 100 km de la capital neuquina, abandonaron sus casas en dirección a las rutas que atravesaban ambas ciudades. El día anterior habían escuchado y leído en los medios de comunicación local que el entonces gobernador de la provincia de Neuquén, había puesto fin a las negociaciones iniciadas tres años atrás con una empresa canadiense negándose a invertir los U$S 100 millones de dólares requeridos por esta para completar el capital necesario para la instalación en la zona de una fábrica de fertilizantes derivados del petróleo. Con el anuncio, también llegaban a su término las esperanzas de volver a tener un trabajo estable y escapar de la miseria que imperaba en la región desde que la empresa petrolera estatal Yacimientos

Petrolíferos Fiscales (YPF), columna vertebral del desarrollo local, fuera definitivamente privatizada en 1992.

Por medio de gomas, troncos y maderas que encontraban en el camino, las y los pobladores levantaron barricadas sobre las rutas y una veintena de picadas[9], impidiendo el paso a todo vehículo, persona o mercancía. En pocas horas, al grupo inicial, constituido mayoritariamente por mujeres, se sumaron más personas exigiendo que el gobernador se hiciera presente allí para rendir cuentas de lo actuado y para explicar por qué "[…] si nosotros acá tenemos el gas y el petróleo, nos morimos de hambre […]", acorde las palabras de Magdalena, una mujer de origen indígena que nació en Cutral Co hace más de 70 años.

Durante seis días, ambas ciudades permanecieron sitiadas. Ni el duro invierno y los fuertes vientos que azotan la región durante esa época del año, ni los intentos de manipulación del conflicto por integrantes de partidos políticos vinculados a distintas facciones del elenco gubernamental, ni las amenazas del ejercicio de la represión con 300 efectivos de la gendarmería nacional enviados por el ministro del Interior de la Nación el 25 de junio, fueron suficientes para menguar la tenacidad de la protesta de las 20.000 personas que para ese entonces se hallaban en los piquetes o bloqueos de las rutas.

Entre tanto, el nombre piquetero[10] y la denominación de la protesta como Cutralcazo, empezaban a instalarse en los medios masivos de comunicación nacionales, en los periódicos político-partidarios y en las marchas y movilizaciones que en varios puntos del país comenzaban a realizarse en solidaridad con las y los protagonistas del conflicto neuquino.

Ante la intransigencia de estas/os últimas/os y la magnitud a la que estaba arribando el conflicto, que luego de cuatro días de iniciado también afectaba la provisión de combustible y alimentos en toda la provincia, el gobernador se vio obligado a acudir a la zona y firmar con Laura Padilla, maestra cutralquense que representaba a las comunidades de Plaza Huincul y Cutral Co, un acuerdo de 9 nueve puntos el 26 de junio. Refrendado en las asambleas de cada uno de los piquetes, en él constaba el compromiso

[9] Las picadas son caminos no asfaltados, alternativos a las rutas, realizados varios años atrás por YPF.

[10] No existe un acuerdo general en torno a los orígenes de esta palabra. Para algunos/as, la misma recoge una extendida tradición de lucha del movimiento obrero argentino que se remonta a las organizaciones anarquistas y socialistas de fines de Siglo XIX y comienzos del Siglo XX donde, en momentos de huelgas fabriles, se llevaban adelante piquetes en las puertas de ingreso de las fábricas para hacer propaganda del conflicto o evitar que ingresaran rompehuelgas. Para otros/as, el nombre surge vinculado al acto de bloquear el tránsito en las picadas de YPF.

del gobierno de reconectar los servicios de gas y electricidad a las personas que tenían cortado su suministro; la habilitación de un hospital en Plaza Huincul y la instalación de un nuevo hospital en Cutral Co; la entrega de cajas de alimentos y subsidios de desempleo; la apertura de fuentes de trabajo a través del desarrollo de un yacimiento gasífero y la construcción de una planta de residuos sólidos; el otorgamiento de créditos para pequeños comercios e industrias y la no toma de represalias contra los habitantes de ambas localidades, entre otras cosas. Así, entre festejos, abrazos y una sensación de victoria compartida colectivamente, los cortes de ruta fueron levantados.

Sin embargo, en las semanas posteriores, el entusiasmo y la alegría se tornaron en decepción en la medida en que el gobierno incumplía lo pactado y ponía en funcionamiento mecanismos de cooptación dirigidos a quienes habían emergido como las caras más visibles de la protesta. Así, la sospecha de que estos últimos habían traicionado a las comunidades a cambio de prebendas políticas y económicas, fue ganando fuerza. Esto condujo a la desarticulación momentánea de los lazos de solidaridad y de confianza mutua surgidos durante el Cutralcazo y contribuyó, en consecuencia, a la disgregación de la incipiente organización lograda en esas jornadas de lucha.

Empero, casi diez meses más tarde, el 9 de abril de 1997, un nuevo conflicto estalló en la zona, esta vez en apoyo de los reclamos salariales de los maestros y docentes neuquinos que habían comenzado una huelga por tiempo indeterminado 5 semanas atrás. A diferencia de la protesta anterior, ésta tuvo como protagonistas a varones y mujeres jóvenes (que tenían entre 15 y 20 años de edad), desocupados/as y que se autodenominaban fogoneros –nombre derivado de hacer fogones en las barricadas-, para diferenciarse de los piqueteros de junio de 1996, sindicados como traidores. Sin embargo, la metodología de lucha reeditaba el corte de las rutas aunque la presencia de la población en los piquetes sólo se hizo masiva a partir de la represión que los gobiernos nacional y provincial desataron contra quienes se encontraban en las barricadas el 12 de abril.

Ese día, más de 400 efectivos de la gendarmería nacional y de la policía provincial comenzaron a disparar balas de goma y de plomo y gases lacrimógenos contra las escasas 60 personas que se hallaban en ese momento cortando las rutas. Una vez que lograron despejar los bloqueos, tanto la policía como la gendarmería –a quien por ley le está vedado actuar fuera de las rutas y puentes nacionales, fronteras terrestres y ríos fronterizos no navegables-, comenzaron a perseguir a la gente dentro de los barrios de ambos pueblos,

invadiendo las casas y arrojando en su interior gases lacrimógenos. En una de estas persecuciones, un policía neuquino disparó contra una joven mujer, provocando su muerte. Ello generó una reacción masiva de la población que ganó la calle, levantó nuevos piquetes y enfrentó con tal contundencia a las fuerzas represivas que el juez interviniente se vio obligado a retirarlas de la zona. Rearmados los cortes, éstos se mantuvieron hasta el 18 de abril cuando un nuevo acuerdo firmado con el gobierno provincial, donde éste se comprometía a investigar el asesinato de la joven, la asignación de una pensión para sus tres hijos, la entrega de 1.200 subsidios de desempleo, la apertura de 500 puestos de trabajo en la empresa petrolera privada Repsol-YPF, entre otros puntos, condujo al levantamiento de la medida de fuerza.

Pocos días más tarde, cuando las llamas de las barricadas en Cutral Co y Plaza Huincul aún no habían terminado de apagarse, un nuevo frente de conflicto se abrió para el gobierno nacional, esta vez en el norte del país. En esta ocasión fueron las y los pobladores de Tartagal y General Mosconi, en la provincia de Salta, y de Libertador General San Martín, en Jujuy, quienes protagonizaron nuevas contiendas intentando poner coto a la embestida neoliberal.

Durante el período abordado en este trabajo las ciudades de Tartagal y General Mosconi[11], cuyo crecimiento también había estado vertebrado por la presencia de la empresa YPF, fueron escenario de al menos 5 cortes de ruta que involucraron masivamente a la población. El primero de ellos, ocurrido entre el 8 y el 15 de mayo de 1997, estuvo primordialmente impulsado por propietarios de comercios y pequeñas empresas madereras de Tartagal, aunque en pocas horas logró la adhesión de las comunidades de General Mosconi y otras localidades aledañas. El segundo, entre el 13 y el 23 de diciembre de 1999, se originó por el despido de empleados/as municipales en Tartagal, cuestión que provocó nuevamente la solidaridad de los habitantes de General Mosconi. Los siguientes, en mayo y noviembre del año 2000 y junio de 2001, conllevaron tanto el desplazamiento geográfico como social en la iniciativa de los cortes. La ciudad de General Mosconi se tornó la punta de lanza de estos enfrentamientos, mientras que el rol protagónico pasó a los desocupados y desocupadas de esa localidad, organizados/as en la piquetera Unión de Trabajadores Desocupados (UTD), creada en el año 1996.

[11] Estas dos ciudades, atravesadas por la ruta nacional Nro. 34. y separadas entre sí por apenas 8 km, están ubicadas a 360 km al norte de Salta capital, cerca de la frontera con Bolivia

En Jujuy, por su parte, los cortes acaecidos entre los años 1997 y 2001 fueron múltiples. Algunos se circunscribieron a diversas localidades. Otros en cambio, abarcaron todo el territorio provincial. Entre estos últimos, uno de los más importantes fue el iniciado el 19 de mayo de 1997 en Libertador General San Martín, localidad ubicada a 120 km. de la capital provincial San Salvador de Jujuy. Allí, docentes, empleadas/os de la administración pública, trabajadores/as de la zafra azucarera del ingenio Ledesma[12] y desocupadas/os comenzaron un corte que no sólo logró sostenerse pese a la dura represión desatada por la gendarmería durante tres días consecutivos -entre el 20 y el 22 de mayo-, sino que despertó la solidaridad de la mayoría de la población jujeña.

Así, en pocos días se sumaron otros cortes en la Quiaca y la Puna jujeña, al norte de la provincia -donde la población es mayoritariamente indígena y cuyas condiciones de vida son paupérrimas-, en la localidad de Palpalá, cercana a la capital y donde funcionara la acería estatal Altos Hornos Zapala cuya privatización y posterior reestructuración provocó el despido de de 4.300 de las 5.000 personas que allí trabajaban, y la localidad de San Pedro, también cercana a la capital provincial, cuya economía depende del ingenio La Esperanza, actualmente ocupado y puesto en funcionamiento por sus propios trabajadores. Finalmente, casi todas las rutas que atraviesan el territorio provincial fueron cortadas.

Esta situación se prolongó hasta el 31 de mayo de ese año, cuando el gobernador provincial y la Comisión Coordinadora de Desocupados y Piqueteros –conformada en esos días e integrada por tres delegados de cada corte de ruta- llegaron a un acuerdo por el cual el gobierno se comprometía a la creación de 12.560 puestos de trabajo, la liberación inmediata de las personas detenidas en la represión de Libertador General San Martín, la construcción de escuelas en zonas más necesitadas, entre otros puntos.

Por otro lado, a partir de los cortes de ruta en la provincia de Jujuy cristalizarían nuevas organizaciones piqueteras tales como la anteriormente mencionada Coordinadora u otras insertas dentro de la Corriente Clasista y Combativa (CCC), agrupación sindical formada entre 1994 y 1996 fundamentalmente por integrantes de gremios estatales, cercana ideológicamente al Partido Comunista Revolucionario y que desde fines de los años ´90 comenzó a integrar en su seno a los y las desocupadas.

[12] Este ingenio es el principal empleador de la localidad y tiene un lugar singular en el mapa político local (y no tan sólo en él) pues la economía jujeña depende extremadamente de los ingresos producidos por la agroindustria azucarera.

Como puede observarse, los cortes de ruta se extendieron rápidamente como herramienta preponderante de confrontación de los y las desocupadas en la Argentina[13]. Para hacer frente a este tipo de conflictos el gobierno nacional combinó el uso de dos tipos de estrategias. Por un lado, la represión y la criminalización de la protesta a través de la aplicación del artículo 194 del código penal de la Nación que castiga con uno a tres años de prisión a toda persona que interrumpa el tránsito en rutas y calles[14].

La segunda consistió en la entrega de bolsones de comida y de planes y subsidios de desempleo. En cuanto a los bolsones, éstos se hallaban compuestos por alimentos de escaso valor nutriente y que sólo alcanzaban a cubrir las necesidades de una familia conformada por cuatro personas durante una semana, obviando el hecho, además, de que la mayoría de las familias afectadas por la desocupación tienen entre 8 y 10 integrantes. En lo referido a los planes y subsidios de desempleo, generalizados a partir de 1996, los mismos consistían en la asignación de un monto de $150 por persona (y sólo uno por familia), a cambio de la contraprestación de 4 horas de trabajo a través de servicios comunitarios. Asimismo, estos planes debían ser utilizados por las organizaciones que los reciben –ya que no se entregan a nivel individual- mediante la implementación de proyectos de trabajo comunitario tales como refacción de escuelas, reforestación, costureros comunitarios, guarderías para niños/as y ancianos/as, etc.

La distribución de estos planes, cuyo monto era irrisorio si se tiene en cuenta que el costo mensual de la canasta familiar básica trepaba en ese entonces a los $1.800, sirvió para generar un fuerte clientelismo en torno del partido gobernante y como elemento de presión para aquellas organizaciones díscolas con la política del Estado.

Pero una comprensión cabal sobre los factores que incidieron en la formación de los movimientos piqueteros exige analizar la masiva presencia y participación de las mujeres, sobre todo habida cuenta de que ellas han constituido entre el 60% y el 70% de la

[13] Un estudio de Lobato y Suriano centrado en las estadísticas publicadas por diarios y revistas, permite apreciar la magnitud cuantitativa a la que fueron arribando las protestas que utilizaban los cortes de ruta como metodología de lucha. Así, entre 1997 y 2002, estas sumaron un total de 4.674 distribuidas de la siguiente forma: en 1997, 140 cortes; en 1998, 51; en 1999, 253; el crecimiento más notorio se produjo entre el año 2000 y el año 2002, donde los cortes pasaron de 500 a 2.334. En el año 2001, marcado por la caída de Fernando De La Rúa, los cortes de ruta alcanzaron un total de 1.282 (Lobato y Suriano, 2003).

[14] De tal suerte entonces, actualmente existen varias causas abiertas por el Estado contra los y las piqueteras. En el caso de Salta, por ejemplo, las mismas superan las 400. Asimismo, fruto de la represión en la que la gendarmería nacional ha tenido un papel central, la muerte de varios piqueteros, las detenciones ilegales, torturas en dependencias policiales y de gendarmería, han sido las habituales consecuencias de estas respuestas gubernamentales. Además de la joven neuquina, el Estado argentino ha sido responsable del asesinato de 5 piqueteros en General Mosconi y Tartagal en los cortes producidos en los años 2000 y 2001.

base de los mismos. Por ende, es preciso detenerse más detalladamente aún en el entramado social, económico y político que provocó la irrupción de estos movimientos a fin de comprender el profundo protagonismo que las mujeres asumieron en ellos.

3. Las tramas de la historia: de piqueteras y piqueteros:

Tanto en la provincia de Neuquén como en Salta, las experiencias de lucha que dieron origen a los movimientos piqueteros, poseen un anclaje común: la desestructuración del denominado mundo ypefeano, es decir, de las condiciones socioeconómicas de vida gestadas bajo el amparo de la empresa petrolera estatal YPF.

Plaza Huincul y Cutral Co nacieron en 1918 y 1933, respectivamente, como consecuencia del hallazgo de petróleo en la región. Algo similar sucedió con Tartagal y General Mosconi, las que, aunque en sus orígenes –hacia 1924 la primera y 1927 la segunda- tuvieron como una de las actividades económicas fundamentales la explotación forestal, se constituyeron como aglomerados urbanos importantes a partir de la explotación del oro negro, descubierto en la zona entre 1909 y 1911[15].

La presencia de YPF en estas regiones fue la que impulsó el trazado urbanístico y habitacional, la instalación y provisión de servicios eléctricos, gas, redes cloacales, y hospitales, garantizando así la socialización territorial a la par que la expansión de la actividad del sector comercial, de la construcción y de los servicios.

Por otro lado, la petrolera gestó en los y las trabajadoras un hondo sentido de pertenencia y de identificación con ella. Según recordara Arcelia, esposa de un trabajador de YPF con quien se había radicado en Plaza Huincul durante los inicios de 1960, "YPF era un gran padre [...], y acá se ganaba indudablemente bien [...]. ¡Teníamos un hospital de primera! Y mi marido en el lugar del corazón tenía un sello de YPF".

Esta profunda identificación con la empresa se debió a varias razones. En primer lugar, los y las trabajadoras obtenían salarios más elevados respecto del promedio nacional. A ello se sumaban los beneficios de una muy buena obra social, vacaciones pagas y acceso a pasajes de avión en la línea Aerolíneas Argentinas una vez al año. Además contaban con buenas condiciones de trabajo, jornadas laborales de ocho horas, y

[15] En un principio la compañía norteamericana Standard Oil Co. fue la que tomó la delantera en su producción de la región salteña, aunque en 1927 el General Mosconi logró imponer a YPF en General Mosconi-Campamento Vespucio, y luego de 1950, el retiro de la compañía estadounidense de Tartagal permitió a YPF la monopolización de la producción petrolera en ese municipio.

provisión de elementos de seguridad laboral, y de alimentos y vivienda por parte de la empresa cuando los trabajadores iban a trabajar a las zonas en las que se hallaban los pozos de exploración y perforación.

Ello daba pie, a su vez, al surgimiento de un sentimiento de orgullo y superioridad en los y las trabajadoras de YPF frente a los de otras ramas productivas, manifiesto incluso en una forma de autodenominarse específica: ser un "ypefeano/a" y no un/a trabajador/a petrolero/a, por ejemplo.

En segundo lugar, el/la "ypefeano/a" se sabía parte de una empresa estratégica para el desarrollo de la economía argentina, a la par que baluarte del discurso de la soberanía nacional y fundante del "estado de bienestar" local. Esto ahondaba tal sentimiento de orgullo pero también amortiguaba la percepción de las contradicciones de clase presentes al interior del proceso productivo petrolero, diluidas asimismo por el hecho de que la empresa fuera propiedad del Estado. Así, si trabajar en YPF "era lo mejor que te podía suceder", como comentaban algunos de los ex trabajadores entrevistados, era la identidad conformada en torno a ser un obrero ypefeano –engranaje de una "comunidad" en la que supuestamente no existían divisiones entre explotadores y explotados-, la que se imponía sobre otras posibles.

Asimismo, para las mujeres, y en especial para las que tenían hijos e hijas, la presencia de la empresa petrolera estatal también dejaba un sello particular en sus vidas, al asegurar la provisión de aquellos servicios que resultaban fundamentales a sus intereses, constituidos a partir de sus atributos de género (Molyneux: 1985). YPF patrocinaba centros deportivos, escuelas y jardines maternales, a la par que pagaba un plus para guarderías para los hijos/as de las trabajadoras/es. E incluso aún más. Yolanda, una mujer de 50 años nacida en Tartagal, trabajó como empleada administrativa en YPF entre 1970 y 1993, año en que fue despedida de la empresa. Cuando a su hija menor, que por entonces contaba con 6 años, le fue detectada leucemia, YPF se hizo cargo no sólo de pagar el traslado de ambas a la Capital Federal (distante a más de 1.600 km de Tartagal), sino que costeó el tratamiento íntegro de la niña y siguió pagando el salario completo de Yolanda durante los 4 años que permaneció con su hija en la Capital Federal. Por todo ello, entonces, las tareas de cuidado y educación familiar se encontraban ampliamente allanadas mediante la presencia de la empresa.

Pero a partir de la privatización de YPF en 1993, este mundo ypefeano se hizo trizas. Tanto en Salta como en Neuquén, la mayoría de los/as trabajadores/as fueron despedidos/as; los intentos por realizar cooperativas o microemprendimientos con la inversión de las indemnizaciones, resultaron totalmente infructuosos; escuelas y hospitales cerraron sus puertas para no volver a abrirlas más. Por último, los niveles de desempleo y pauperización social se elevaron abruptamente. Por ejemplo, en Plaza Huincul y Cutral Co entre 1991 y 1997, la tasa de desempleo ascendió exponencialmente hasta afectar al 30% de la población económicamente activa en ambas ciudades, en tanto que, durante el mismo período, la mitad de la población pasó a vivir por debajo de la línea oficial de pobreza. Otro tanto ocurrió en General Mosconi que, con 20.000 habitantes, poseía para 1997 un 65% de desocupación.

Sin embargo, la desestructuración del mundo ypefeano entrañó un impacto genéricamente disímil. Mujeres y varones no vivieron de igual manera este proceso y tampoco fueron iguales las respuestas que unas y otros articularon frente a él.

Muchas de las mujeres entrevistadas sostuvieron que sus maridos se deprimieron, murieron, abandonaron a sus familias en medio de procesos signados por una enorme violencia, o se volvieron un estorbo dentro del hogar. Mientras ellas, según Arcelia, "se tuvieron que volver más fuertes y debieron salir a ganarse el pan para ellas y para sus hijos, porque quedaron ellas como jefas de hogar, mientras los maridos estaban en la casa.". De tal modo, el final abrupto de la era ypefeana afectó tanto las condiciones materiales de existencia como las subjetividades. Y ambas instancias fueron vivenciadas de manera dispar por unos y otras.

Para los ex obreros ypefeanos, la expulsión del aparato productivo alteró rotundamente no sólo su situación económica sino también su posición de género en tanto proveedores de la subsistencia y reproducción familiar. Asimismo, la imposibilidad de obtener un trabajo remunerado los obligó a permanecer mucho más tiempo dentro de las paredes del hogar, espacio socialmente devaluado para la estancia masculina justamente a partir de las connotaciones de género que lo articulan y le otorgan un específico sentido (Hartmann: 1987; McDowell: 2000). Con ello, el sentimiento que los embargó fue de inutilidad y vergüenza provocando las consecuencias antes mencionadas por las mujeres.

Para ellas, en cambio, si bien traumática, esta situación no generaba las mismas opciones. Ello se debió a varios motivos. En primer lugar, el condicionamiento generado

por el significado del ejercicio de la maternidad les impidió mayoritariamente abandonar a sus hijos e hijas. Asimismo, en tanto integrantes de los sectores sociales subalternos, estas mujeres se han constituido en garantes de la recolección y distribución de los recursos de la comunidad de la que forman parte, garantía que se torna mecanismo fundamental para preservar la vida y supervivencia de su comunidad (Kaplan: 1990). Fue la realización de esta tarea la que enmarcó, en la historia personal y colectiva de las mujeres autodenominadas piqueteras, el pasaje de su actuación desde el espacio privado hacia el público.

En tercer lugar, las particulares características de la organización laboral dentro de la producción petrolera permitieron el desarrollo de un importante grado de independencia de aquellas mujeres que eran esposas de los ypefeanos respecto del manejo de sus propias vidas y las de sus hijos/as. En efecto, como los campos de exploración y perforación de petróleo generalmente estaban alejados de los lugares de residencia familiar de los obreros, éstos permanecían entre 15 y 21 días fuera de su hogar, retornando a él sólo durante 3 días de descanso.

De tal modo, el compromiso con la supervivencia de sus hijos e hijas –ampliado a la comunidad-, puesta en jaque con la privatización, sumada a la autonomía de la voluntad masculina en el espacio doméstico, hicieron que cuando las demandas y capacidades de confrontación de las mujeres emergieron, adquirieran un protagonismo disruptivo y conmovedor del orden social vigente.

Otro factor que incidió en la menor participación inicial de los varones respecto de las mujeres fue el temor a no volver a ser recontratados por las empresas involucradas por las protestas. Esto fue así por ejemplo en Libertador General San Martín, Jujuy, cuya vida económica ha dependido de las actividades del ingenio Ledesma. En 1997, a la situación de sobreexplotación a la que eran sometidos/as los/las trabajadores/as del ingenio[16], se sumó el despido de 4000 de ellos/as en momentos en que debía comenzar la zafra azucarera. Este fue el detonante del corte de rutas de 1997. Sin embargo, las mujeres llevaron la delantera entre quienes iniciaron tal medida de protesta. Ello así, según emerge de las entrevistas realizadas, porque entre los varones trabajadores (tanto desocupados

[16] En particular aquellas personas que se desempeñan en la cosecha del azúcar, los y las zafreras, durante los meses de mayo y diciembre. Estos/as trabajadores/as, que llegan a triplicar la cantidad correspondiente al personal estable, son temporarios, carecen de cobertura social, poseen jornadas laborales que se extienden entre la salida y la puesta del sol, habitan en hacinadas viviendas proporcionadas por el ingenio, con salarios pagados a destajo y muy inferiores en monto a los necesarios para sobrevivir.

como no en ese momento) existía el temor de que la participación en tal medida de fuerza les impidiera luego ser retomados en sus puestos laborales dentro del ingenio o provocara el despido de aquellos que aún conservaban el trabajo.

Por otro lado, la masiva presencia de las mujeres en este tipo de acontecimientos se enlaza con otra especificidad del contexto en el que tuvieron lugar. Los escenarios históricos en los que las crisis sociales se agudizan, ponen al descubierto grietas en el sistema de dominación, grietas que propician la emergencia de los sectores sociales oprimidos y fundamentalmente, de las mujeres que conforman esos sectores (Ciriza: 2002). Justamente, el momento en el que surgieron los movimientos piqueteros no sólo estuvo signado por la crisis social provocada por la implementación del ajuste estructural, sino por la incapacidad de las organizaciones tradicionalmente representativas de los intereses de los y las trabajadores, de poner límites a la virulencia del modelo neoliberal. En efecto, las organizaciones sindicales poco y nada hicieron frente a la reestructuración del Estado, el desempleo y la flexibilización laboral. Más bien, como en el caso de SUPE –agremiación petrolera que avaló la privatización y cuyo secretario general Diego Ibáñez era amigo personal del presidente Menem-, fueron sus cómplices. Así, las mujeres, generalmente relegadas en este tipo de ámbitos organizativos, pudieron crear una legitimidad propia para la acción colectiva rechazando el verticalismo y el ejercicio del poder representativo que formaba parte del acervo de muchos de los ex trabajadores que se integraron a los movimientos piqueteros.

Además, muchas de las mujeres que participaron en las protestas en Neuquén, Salta y Jujuy, poseían experiencias previas de participación social y política. Por ejemplo, en el caso de Laura Padilla, la maestra cutralquense que firmara el pacto con el gobernador neuquino en junio de 1996, años atrás había liderado la conformación de una comisión barrial para exigir a la municipalidad la conexión de los servicios públicos y la regularización de la tenencia de aquellas casas del barrio ocupadas por algunas familias que carecían de vivienda. Otras habían tenido experiencias como activistas de sindicatos de empleados/as estatales, petroleros y docentes, o en la participación en los Encuentros Nacionales de Mujeres[17] a partir de 1992. En Salta, Ica, una mujer que lideró el corte en una localidad cercana a General Mosconi en mayo de 1997, 6 años atrás se había lanzado a

[17] Estos Encuentros, impulsados en sus orígenes por las organizaciones feministas, se realizan desde 1986 año a año en diversas provincias del país. Una reconstrucción de su historia puede verse en Masson (2007)

cortar la ruta Nro. 34 con otras vecinas de su barrio exigiendo la conexión del agua potable para todos los habitantes de su ciudad. Otro tanto puede decirse de muchas de las mujeres de General Mosconi, quienes en 1996 por ejemplo, habían participado de la ocupación del Concejo Deliberante –lugar en el que sesiona el poder legislativo local- durante 23 días en demanda de subsidios y bolsones de alimentos, o cortado uno de los puentes que conectan a General Mosconi con zonas aledañas, reclamando que el gobierno municipal dejara de enviar intimaciones de desalojo a aquellas familias que no podían seguir pagando los créditos de vivienda obtenidos cuando "todavía estaba YPF", como comentaba una de sus protagonistas. En Jujuy, Alicia, la mujer a quien hice referencia en la introducción de este trabajo, tuvo una activa participación en el corte iniciado allí el 19 de mayo de 1997. Pero asimismo, a comienzos de la década de 1990 había conformado la sociedad barrial 17 de Agosto y liderado la ocupación de parcelas de tierras incultas propiedad del ingenio Ledesma, para establecer viviendas junto con un grupo de vecinos que carecían de ellas. Por esa acción, Alicia fue detenida, llevada con los ojos vendados a la casa de los dueños del ingenio, intimidada y luego encarcelada hasta que una movilización de sus propios vecinos logró ponerla en libertad.

En todos estos espacios las mujeres adquirieron saberes y prácticas que luego fueron puestas en juego en la organización de los cortes de ruta.

En muchas ocasiones estas acciones depararon para ellas una fuerte reacción contraria por parte de sus maridos, en caso de que aún permanecieran unidos, o de otros integrantes de sus familias. Vergüenza por la desocupación, temor a lo que pudiera sucederles, la pregunta en torno a dónde dejarían a sus hijos/as en medio de estas contiendas, eran inquietudes planteadas permanentemente. Sin embargo, nada pudo retenerlas definitivamente dentro de los muros del hogar y evitar que se convirtieran en las promotoras de las puebladas que caracterizaron a estas regiones desde el año 1996. Como dijo una mujer de General Mosconi sobre la organización del corte en Tartagal y General Mosconi en 1997: "Fuimos a Tartagal, hicimos una asamblea grande. De ahí se decide hacer el corte definitivo. Nos veníamos de Tartagal a Mosconi, a pie, caminando. La mayoría de la participación eran mujeres. Más que nada nosotras hicimos hincapié para poderlos llevar a los varones. Mi marido es muy tímido, por ejemplo, entonces 'Si van las mujeres, tenemos que estar nosotros'. Porque yo estaba desocupada. Entonces nosotros tenemos que salir a luchar para conseguir algo ¿Qué les damos a los chicos? ¿Qué les

damos mañana?”. Inés, dueña de estas reflexiones, salía a la ruta a fin de obtener el alimento de sus 7 hijos. Pero, a su vez, consciente de la creencia social respecto de la ‘debilidad’ femenina, la tornaba en táctica para incentivar la participación de su propio marido.

4. “De la ruta no nos vamos”: mujeres que modelan con mano propia:

Pasadas algunas horas desde el inicio del corte de ruta en Coronel Cornejo, localidad ubicada 17 km al sur de General Mosconi, un gendarme golpeó a una mujer llamada Ica con una moto, gritándole que debía salirse de la ruta porque estaba cometiendo un delito federal. Ella lo miró desde el piso y lo obligó a retirarse avergonzado diciéndole: “Yo de la ruta no me voy. Ustedes están para cuidar el orden y nuestros niños están muriéndose de sed”. El orden que Ica quería poco tenía que ver con aquel desde el cual se la acusaba. El orden para Ica era, por ejemplo, obtener el agua potable de la que carecían los 2.700 habitantes de su pueblo y las fuentes de trabajo que hacía rato escaseaban por allí. Cuando le pregunté a esa mujer, desocupada, esposa de un ex trabajador maderero y abuela de cinco niños, si no había sentido temor, me contestó frontalmente: “Como mujer, cuando nosotros nos sentimos impotentes, no incapaces sino impotentes, nos llenamos de coraje”. En ese sentido, el “nosotros” de Ica era una referencia identitaria donde ella fundía su individualidad en un sujeto colectivo estrictamente femenino capaz de irrumpir en la escena pública interpelando el sentido de un orden que, como mujeres y desocupadas, las jaqueaba en su vida doméstica a la par que pretendía dejarlas inermes fuera del hogar.

Las actividades desplegadas por las mujeres durante el desarrollo de los cortes de ruta fueron múltiples. En ellas entremezclaron acciones vinculadas con la extensión amplificada a escala colectiva de sus naturalizados roles de cuidadoras en el espacio doméstico (preparar la comida para todos los que se hallaban en las barricadas, conseguir frazadas y colchas para soportar las noches, cuidar a los hijos e hijas de todos y todas), con otras vinculadas a su práctica política/pública que pusieron de manifiesto un análisis político totalizador y contrahegemónico de la realidad.

Entre estas últimas, una de las más importantes fue evitar los intentos de manipulación política de los conflictos, intentos devenidos de disputas facciosas dentro de

los partidos gobernantes locales. Por ejemplo en el caso neuquino, cuando el senador justicialista Daniel Baum se presentó en la torre de YPF, a la entrada de Plaza Huincul y epicentro de la pueblada de 1996, y se subió a las improvisadas gradas intentando, según comentara Arcelia "arengarnos y decirnos qué hacer, una mujer lo agarró del fundillo del culo, lo bajó y lo pateó". En General Mosconi, el acercamiento de un reconocido funcionario que respondía al gobernador provincial y era opositor al gobierno del municipio local, generó que un grupo de mujeres lo rodeara y le exigiera, de forma amenazante, su retiro del corte. Según comentara Mónica, propietaria de un pequeño almacén en General Mosconi y esposa de un ex ypefeano: "Si querían estar no había problema. Pero de ninguna manera como diputados, políticos de tal o cual partido. Que vengan como un simple ciudadano más y acaten las decisiones colectivas de las asambleas."

Otra de las medidas asumidas para garantizar que el conflicto y su conducción quedaran en manos de sus propios protagonistas, radicó en las formas de organización y participación puestas en práctica. Por ejemplo, en el caso de Plaza Huincul y Cutral Co, las decisiones sobre aquello que debía hacerse para mantener y fortalecer la protesta fueron producto del ejercicio de la democracia directa, a través de la participación en las asambleas realizadas en cada uno de los piquetes. Luego de un debate colectivo donde las posiciones eran consensuadas por aplauso, las mismas eran llevadas por quien había sido electo representante o vocero de cada barricada a la asamblea general que funcionaba en la torre de YPF. Sin embargo, hacer efectiva esta forma de funcionamiento fue todo un aprendizaje. Más aún para las mujeres.

En el relato sobre su transformación en piquetera, Laura Padilla rememoraba que cuando ella llegó al piquete localizado sobre la ruta provincial 17, le propusieron ser vocera de su piquete y asistir a una asamblea en la destilería porque era maestra y consideraban que ella era quien mejor podía hablar y representarlos. Debía llevar la consigna de que ellos estaban mal pero igualmente impedirían que por su piquete alguien entrara o saliera. Cuando Laura llegó a la asamblea, se encontró con que "había 5000 personas y cuando yo fui y vi tipos adinerados ahí, dije esto está bravo. La cosa es que cuando yo veo semejante historia me volví a mi piquete". A su regreso, un muchacho cuestionó su silencio y el incumplimiento de lo encomendado aduciendo que "las mujeres sólo gritan en la cocina y que había sido una equivocación enviar a una a que los

represente". Ante esas recriminaciones y bastante ofuscada, Laura salió a recorrer cada uno de los piquetes junto con quien le había hecho tal reproche, a fin de demostrarle que todos los voceros habían vivido la misma experiencia que ella. En la recorrida, armó una reunión con todos ellos para el día siguiente, para elaborar un listado de exigencias para el gobierno provincial. La acusación de inutilidad lanzada contra una mujer, entonces, disparó una acción inesperada que permitió a la comunidad mantener en sus propias manos la protesta. Laura, como muchas otras que participaron en el conflicto, debió animarse a abandonar la mudez y a poner en práctica sus propias ideas organizativas. Así, por ejemplo, en su piquete ella dinamizó la formación de subpiquetes entre los que se contaban el de los jóvenes y el de los borrachos. A unos y otros les acercaba comida o bebida, según las necesidades, a cambio de la garantía del cuidado y permanencia de esa barricada. Estas acciones no solamente evitaron conflictos internos y cohesionaron al grupo. También permitieron que Laura se tornara visible y fuera depositaria de la confianza y el respeto que la convirtieron en una de las líderes de la pueblada.

De este modo, las mujeres pusieron en práctica cuestiones relativas a la acción política y a las que además, imprimieron un sello distintivo.

5. Los liderazgos en los movimientos piqueteros:

Sin embargo y pese a esta elevada presencia femenina en las bases de los movimientos piqueteros y la importancia de su participación en los conflictos de este tipo, son escasas las mujeres que ocupan puestos de dirección o liderazgo en las organizaciones piqueteras. Un ejemplo de ello puede hallarse en Salta dentro de la Unión de Trabajadores Desocupados (UTD).

Esta organización fue creada en abril de 1996 principalmente por ex ypefeanos que habían participado en medidas de protesta adversas a la privatización de YPF en el año 1991. En general, su base está compuesta por mujeres adultas desocupadas y por jóvenes varones y mujeres que nunca tuvieron un trabajo estable.

Cuando los activistas de la UTD más reconocidos públicamente describían en diversos testimonios la estructura política interna de la organización, la horizontalidad era la característica que resaltaban con mayor frecuencia. Y cuando aludían a quienes ocupaban espacios de dirigencia, lo hacían hablando de referentes y no líderes. En

apariencia, la palabra "líder" contiene una valoración negativa puesto que reenvía a experiencias de participación, organización política y formas de ejercicio del poder que la UTD rechaza. En efecto, esta palabra, por ejemplo, ha sido reiteradamente utilizada para designar el rol de conducción en organizaciones de corte netamente verticalistas, tales como el ya mencionado SUPE, donde el liderazgo se combinó con un fuerte proceso de burocratización, la consecuente falta de democracia interna y la "traición a los intereses de las bases". En ese sentido, la escasa transparencia en las decisiones tomadas por este sindicato y, particularmente, el conocimiento de que las connivencias de su secretario general con la dirigencia menemista facilitaron el proceso de la privatización de YPF, fueron mencionadas asiduamente por los exypefeanos de la UTD como ejemplo de ello.

Por lo tanto, entre las cualidades que sustentan la ocupación de un cargo de dirigencia dentro de la UTD, se encuentran el "no venderse", es decir, no permitir ser cooptados por el gobierno, y la coherencia entre un discurso de confrontación y una práctica beligerante, lo cual exige ante todo "estar al frente de las luchas", como me explicaba Rosa, o "poner el pecho" tal como sostuvo María, ambas desocupadas y reconocidas activistas de esta organización. Asimismo, la destreza en el saber respecto de los asuntos de la organización y de la administración de los proyectos de trabajo elaborados por sus integrantes con los planes y subsidios gubernamentales, son condiciones fuertemente valoradas entre los y las activistas. Además, las experiencias sindicales de lucha contra la privatización de YPF y por tanto el haber sido trabajador de la petrolera estatal, también pesan a la hora ocupar espacios de conducción.

Si bien entonces las mujeres realizan un sinfín de tareas dentro de la UTD, muchas de las cuales son muy distintas a las que tradicionalmente se les asigna en los proyectos elaborados mediante los subsidios de desempleo[18] y han sido de suma importancia tanto en los cortes de ruta como en el fortalecimiento de la organización, el liderazgo descansa mayoritariamente en los exypefeanos. Entre ellos, su principal referente es José Fernández, quien reúne muchas de las características señaladas.

Cuando los varones intentan explicar porqué dentro del movimiento piquetero o en este caso, dentro de la UTD, ellos ocupan los roles de jefatura, las reflexiones se centran

[18] Me refiero específicamente a las que comúnmente las incluyen, tales como integrarse en los costureros comunitarios, huertas colectivas o jardines materno-infantiles. Por el contrario, en Salta, aunque no se niegan a realizar las tareas mencionadas, ellas también dirigen proyectos de reforestación local, reciclaje de botellas plásticas o fábricas de construcción de ladrillos.

tanto en la composición de clase como en la fortaleza de una cultura machista vinculada a lo anterior, y a las propias aceptaciones de las mujeres. Por ejemplo, Rodolfo Peralta, otro ex ypefeano dirigente de la UTD, relataba lo siguiente: "Esto tiene que ver con de qué está nutrido el movimiento piquetero. Clase media no, sino de la clase más deprimida. Y ahí reina el machismo y la preeminencia que tiene el hombre sobre la mujer. La mujer misma en las capas más bajas de la sociedad acepta un segundo plano, acostumbrada. No es porque no tenga capacidad, solas ocupan el segundo lugar". Luego agregaba "que una mujer mande quizá sería más factible en Buenos Aires [en alusión a la Capital Federal], que hay mas consenso ideológico para que una mujer pueda ocupar ese lugar". Más que en las características propias de las mujeres, aquí se hace hincapié en la perseverancia de una cultura machista relacionada con cierta clase social, con el supuesto de que en la Capital Federal las relaciones entre mujeres y varones son distintas debido también a la creencia en torno a que en esa ciudad existen otras experiencias alternativas ligadas a la circulación de mayor información, de debates que cuestionan los roles de mujeres y varones, de organizaciones feministas decididas a revertir la opresión de estas últimas, etc. En ese sentido, lo interesante de este testimonio es el énfasis puesto en lo relacional y contextual para explicar el lugar que ocupan las mujeres. Más allá de que las mujeres de los sectores sociales más explotados no necesariamente carecen de herramientas que les permitan controlar situaciones de violencia o adversas para ellas, o que los varones de clase media sean menos machistas que los de otras clases, el intento de Peralta por desnaturalizar las relaciones de género lo lleva a postular que las mismas se tallan dentro un contexto histórico y social, y no en una esencialidad puntuada en lo sexual-biológico.

En otros casos, la reflexión se orienta más hacia la "voluntad" de las mujeres. De acuerdo a "Pepino" Fernández: "Las mujeres no tienen el mismo papel que los varones. Y las mujeres no hacen las reuniones para manejar ellas. No quieren agarrar el compromiso, hablar.". Luego de sostener que para que "las mujeres puedan dirigir necesitan primero organizarse entre sí", Fernández dio ejemplos de situaciones en las que esta auto-organización era exitosa, tomando en cuenta experiencias vinculadas al ámbito fabril. Se refería, en ese sentido, a las trabajadoras textiles de la empresa *Brukman Confecciones*, localizada en la ciudad de Buenos Aires, que ocuparon y pusieron a producir la fábrica luego del abandono y cierre decidido por sus antiguos propietarios en diciembre de 2001.

Sin perjuicio de que efectivamente una estrategia probable para que las mujeres reviertan la situación de "silencio", subordinación o falta de decisión autónoma, consista en la creación de una instancia de participación propia, se torna evidente también que para él tal subordinación no es producto de una relación desigual que implica tanto a las mujeres como a los varones y por ende, a sí mismo. Tampoco es casual que el modelo de mujer "independiente" remita a las obreras y que se destacan en la acción pública/política. Por cierto que la experiencia de las mujeres de la fábrica textil es sumamente importante; pero también lo es que muchas de las mujeres de la UTD han protagonizado los cortes de ruta, enfrentado las represiones, planificado y organizado los proyectos, fortalecido la organización y realizado numerosas acciones que en mucho se parecen a las encaradas por las mujeres de la empresa textil. Sin embargo, las acciones de las mujeres de la UTD no adquieren el mismo valor para Fernández. Ello se debe, a mi juicio, tanto a la experiencia de participación previa del propio Fernández como al horizonte en el cual se inscriben sus ideas sobre el modelo organizativo.

En ese sentido, los antecedentes de participación y lucha sindical de los varones deben ser puestos también en escena a la hora de analizar por qué, en el proceso de cristalización de la UTD como organización, las mujeres quedan relegadas a un segundo plano jerárquico o invisibilizadas para un líder como Fernández. Justamente, el peso de una historia marcada por la pertenencia a una empresa cuya mano de obra era mayoritariamente masculina, así como la experiencia ganada en el terreno de la lucha sindical en el pasado incidieron en que la conformación de la dirigencia de la UTD se basara fundamentalmente en los exypefeanos y, dentro de ellos, en los que ya habían tenido diversas acciones relacionadas con una práctica sindical. Esos eran los casos de Peralta, quien fue delegado sindical de los trabajadores petroleros de General Mosconi, o de Fernández, que organizó varios conflictos laborales cuando trabajaba en YPF en el sur argentino. Por tanto, el modelo de referencia organizativa básico ha sido el sindical, que, al menos en la sociedad argentina posterior a los gobiernos peronistas de 1946-1955, ha estado dominantemente conformado y liderado por varones. Consecuentemente, la experiencia obtenida en este plano habría permitido por un lado, la rápida cristalización de una organización definida dentro de la UTD. Pero por el otro, también coadyuvó al relegamiento de las mujeres en la medida en que la mayoría de ellas carecen de tal tradición participativa. Esto permitiría, parcialmente, explicar porqué para las mujeres es

mucho más complicado no sólo asumir posiciones de liderazgo sino también tornar reconocibles sus condiciones para hacerlo legítimamente.

Así, aunque algunas mujeres ocupan espacios de dirección intermedia e incluso poseen un fuerte ascendiente en sus respectivos espacios de actuación política y social dentro de la UTD, no son visibilizadas en el mismo nivel de Fernández. Es interesante, en ese sentido, detenerse en la descripción y el análisis de la experiencia de Ica en Coronel Cornejo.

Ante cualquier problema o para plantear medidas de lucha y demandas a las empresas o los poderes públicos locales, Ica es la persona a la que constantemente consulta la comunidad, y su rol en Coronel Cornejo también es sumamente reconocido por los referentes de la UTD de General Mosconi, que aluden a ella como "la dirigente" de Cornejo. Esta opción de compromiso público/político implicó para ella dejar de lado mucho de lo que hacía a la crianza de sus hijos/as. Según narró: "Yo como mujer creo que he descuidado un poco mi familia, pero creo que también es importante que yo haga algo por mis hijos. Entonces lo poco que yo pueda hacer por el bien de la comunidad lo voy a hacer y también lo estoy haciendo por ellos".

De todos modos, Ica, pese al reconocimiento múltiple del cual es objeto, rehúye a identificarse a sí misma como una líder o al menos, a utilizar esto como definitorio de su rol en la UTD. Según ella "por mi perfil bajo. Tengo un perfil bajo, tal vez nunca salí con ese objetivo, yo creo que con la actividad que uno haga para la comunidad le está demostrando el amor que uno le tiene a la gente. Cuando yo pasaba un mal momento de salud y veía el amor de la gente hacia mí eso me ha fortalecido muchísimo". Podría pensarse que la oposición de Ica a concebirse como una líder responde a la misma valoración negativa que esta palabra adquiere también para otros referentes de la UTD. Pero ella no sólo rechaza la palabra, cuyo uso por otra parte no objeta en la referencia a Fernández a quien considera como "el verdadero líder de la UTD". Sino que contrapone, para su caso, dos ideas: la del liderazgo y la del amor de su comunidad. Sostiene entonces que se conforma con lograr lo segundo, al margen de que tenga otras miras puestas en la construcción de la organización y en la lucha para mejorar las condiciones de vida.

Muchas de las mujeres con las que hablé, y no sólo en General Mosconi, argumentan exactamente lo mismo: que sus acciones están motivadas por el amor, que es la recepción del afecto de las demás personas lo que las fortalece, o que sus pretensiones

políticas están lejos de acceder a algún tipo de dirigencia. De hecho, muchos de los análisis de sus propias acciones están permanentemente atravesados por los lazos afectivos. No es así cuando se refieren a los varones. Ninguna de ellas sostuvo que lo que motivaba el compromiso en José Fernández o en Rodolfo Peralta se relacionaba con algo de esto. Al contrario, se habla de convicciones, coraje para el enfrentamiento, consistencia entre actos y palabras, decisión de modificar el *status quo*, conocimiento, experiencia política, animarse a hablar o arengar en las asambleas. Por ejemplo, una de las mujeres que trabaja en un costurero comunitario en Coronel Cornejo, me decía: "Ica hizo las cosas bien. Hizo mucho. Pero por ahí tendría que estar un hombre porque un hombre a veces siempre quiere estar más al frente".

En ese sentido entonces, el ejercicio del liderazgo remite a un espacio masculinizado, puesto que todas las condiciones que lo hacen posible refieren a atributos asignados a los varones. Y más aún: cuando las mujeres portan visiblemente también coraje, convicción, experiencia política y arrojo, la preeminencia que adquieren no necesariamente alcanza, por un lado, para sentirse en un pie de igualdad respecto de líderes varones (o que el reconocimiento de las mujeres restantes apunte en esa dirección y no en preferir la presencia de un varón); por el otro, para reclamar el liderazgo en la organización si se compite por él, o sentirse legitimada a pensarse como tal.

Además, la dicotomía entre estar en la casa, cuidando a los/las hijos/as, y estar en la UTD, recorriendo los barrios, edificando la organización, relacionándose con otras organizaciones, planificando acciones, no es parte de una disyuntiva que se les plantee a los propios varones. De tal manera, las responsabilidades y tareas que la dirección de una organización demanda, requieren tanto de una dedicación como de un uso del tiempo incompatible con las tareas y el uso del tiempo puesto en cuidar de los otros dentro del espacio doméstico.[19]

Finalmente, se tornan difusos los límites entre la discriminación hacia las mujeres en el seno de una organización y la autodiscriminación de las propias mujeres, originada –y no está demás decirlo- en una sujeción cultural aprehendida desde el nacimiento, que se reelabora, no sin resistencias, de manera permanente a lo largo de todo el ciclo vital.

[19] Y cuando una mujer logra inclinar la balanza en pos de desligarse de las tareas afectadas al mundo doméstico, lo que suele activarse, como en el caso de Ica, es el sentimiento de culpa.

6. Reflexiones Finales:

Pese a que las relaciones de género dentro de los movimientos piqueteros no manifiestan una disolución de las desigualdades entre varones y mujeres, no fue casual que haya sido en la construcción de tales organizaciones donde muchas mujeres hallaron un mayor atractivo para su involucramiento público/político. La horizontalidad en la participación dentro de este tipo de movimientos, las reuniones asamblearias casi permanentes, las prácticas de una democracia más ligada a la intervención directa que a la representatividad, fueron elementos que generaron un marco de confianza y una cotidianeidad en el trato y en la creación de lazos colectivos, posibilitando a las mujeres el animarse a hablar, proponer y debatir las medidas a asumir.

Asimismo, tanto la rápida expansión del corte de rutas como modalidad de protesta como su perdurabilidad actual, pese a la represión estatal y al hostigamiento del que hacen uso los medios de comunicación masiva sobre las y los piqueteros, obedece a varias razones. En primer lugar, ya que los cortes de ruta permitieron a las y los desocupadas ganar visibilidad ante el resto de la sociedad, los poderes públicos y las empresas, a la par que ahondar lazos organizativos entre sí y con otros sectores sociales, tales como los y las trabajadoras de la administración pública. No puede obviarse en ese sentido y como segunda razón, que en una sociedad diezmada por la desocupación, las huelgas perdieron peso como metodología de lucha y por tanto efectividad para canalizar reclamos o modificar las condiciones de vida de los y las trabajadoras. Por tanto si en la Argentina de los ‘90 paralizar la producción se había tornado una opción compleja (no sólo por la disminución cuantitativa de la clase obrera ocupada y la presión que sobre la misma ejerce el peligro del desempleo, sino también por la “domesticación” a la que se subsumieron varias organizaciones sindicales), no lo era tanto paralizar la circulación de mercancías. En efecto, los cortes provocaron paros de hecho al impedir que la producción de alimentos o combustibles, por ejemplo, pudiera salir de las empresas o llegar a destino. Ello coadyuvó a su efectividad, obligando a los gobiernos provinciales y al gobierno nacional a sentarse en la mesa de negociación con quienes suponían estaban inermes –los y las desocupados/as-.

En tercer lugar, porque en los cortes de ruta se gestaron nuevas identidades que trocaron el **ser** desocupado/a a **estar** desocupado/a y **ser** piquetero/a. En esa dirección,

autodenominarse piquetero/a comenzó a remitir a una noción de resistencia ante el orden vigente, cuestionando la degradación a la que eran sometidas miles de personas. De allí entonces, si el concepto de desocupado/a implica estar fuera de las relaciones de producción pero también que no se es nada fuera de ellas, el concepto de piquetero/a reenvía al reconocimiento de que por fuera de ellas se puede luchar porque se sigue siendo, y tornar la resignación, la angustia o la desesperación individual en capacidad beligerante colectiva. En tal sentido, las mujeres pudieron ganar visibilidad propia y hacerse oír utilizando a su favor en la acción pública los resortes que hasta ese momento las subsumían a la esfera de la domesticidad.

Sin embargo, ello no les permitió darle continuidad a su agencia pública en términos de liderazgo dentro de los movimientos piqueteros, al menos hasta la actualidad. ¿La causa de ello puede hallarse en la falta de voluntad, tal y como marcó uno de los entrevistados? Hallar una respuesta para este interrogante requiere profundizar la investigación histórica sobre estos movimientos. Sin embargo y a modo de hipótesis, considero que las razones que dan cuenta de esta marginación no pueden ser circunscriptas al ámbito de la voluntad individual de las mujeres que forman parte de los movimientos piqueteros. La posibilidad de ocupar roles de liderazgo no se desprende necesariamente del deseo de hacerlo sino más bien, de las condiciones sociales que permiten a las personas desplegar niveles de activismo y participación social sostenidos en el tiempo y que requieren tanto de la visibilidad propia, como del reconocimiento de las/os otras/os. Dentro de esas condiciones sociales, las tareas asumidas por las mujeres acorde a la asignación genérica de roles si bien pueden potenciar en ciertas ocasiones, tal como lo demuestro en este trabajo, su participación pública, asimismo obstruyen la continuidad de esta participación.

Pero a su vez me pregunto hasta qué punto la marginación de los espacios de jefatura no es el resultado, también, de la confrontación de dos lógicas y formas de hacer política diferentes portadas por varones y mujeres, y que traspasan su pertenencia de clase. En ese sentido, el tipo de racionalidad política y verticalismo que acompañan el proceso de institucionalización de los movimientos piqueteros bien puede resultar expulsivo para las mujeres o escasamente atractivo para ellas. De hecho el liderazgo, aunque reciba diversas denominaciones y a pesar de presentarse con connotaciones neutras, resume características que genéricamente, se inscriben en las normas pautadas para el comportamiento

masculino: dureza de carácter, firmeza en el uso de la palabra, seguridad amparada en la razón para la expresión de las ideas, coraje, etc. De tal modo, acceder a ello significaría, para las mujeres, "masculinizarse" u obturar aquellos componentes de su subjetividad que se encuentran socialmente devaluados. Por tanto, es factible que en estos términos, el ejercicio del liderazgo no responda ni a los intereses ni a las necesidades de las mujeres de las que trata este trabajo. Incluso es posible que cuando hablamos de piqueteros y piqueteras no aludamos siquiera al mismo tipo de actor social, ya que las experiencias de movilización, participación y organización de unos y otras no son idénticas entre sí, de la misma manera que puede afirmarse que la experiencia de clase no es igual para varones y mujeres.

Bibliografía de referencia:

Auyero, Javier (2004): Vidas beligerantes. Dos mujeres argentinas, dos protestas y la búsqueda de reconocimiento. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
Ciriza, Alejandra (2002): "Pasado y presente. El dilema Wollstonecraft como herencia teórica y política". En: Borón, Atilio y De Vita, Alvaro (comps.): *Teoría y Filosofía política. La recuperación de los clásicos en el debate latinoamericano*. Buenos Aires: CLACSO. Págs. 217 a 246.
Gambina, Julio y Campione, Daniel (2003): *Los años de Menem. Cirugía Mayor*. Buenos Aires: Centro Cultural de la Cooperación
Gómez, Elizabeth y Kindgard, Federico (1997): "Los cortes de ruta en la provincia de Jujuy. Mayo/junio de 1997". En: *Revista PIMSA*: *Documentos y comunicaciones.* Buenos Aires: PIMSA. Págs. 149 a 193.
Hartmann, Heidi (1987): "El infeliz matrimonio entre marxismo y feminismo". En: *Revista Cuadernos del Sur,* Nº 5. Buenos Aires: Ediciones Tierra del Fuego. Págs. 113 a 159.
Kaplan, Temma (1990): "Conciencia femenina y acción colectiva: El caso de Barcelona, 1910-1918". En: Amelong, J. y Nash, Mary (comp.): *Historia y Género: Las mujeres en la Europa Moderna y Contemporánea.* Valencia: Alfonso el Magnánimo. Págs. 267 a 295.
Lobato, M. y Suriano, J. (2003): *La protesta social en la Argentina*. Buenos Aires: FCE.
Masson, Laura (2007): *Feministas en todas partes. Una etnografía de espacios y narrativas feministas en Argentina.* Buenos Aires: Prometeo Libros.

McDowell, Linda (2000): *Género, Identidad y Lugar*. Valencia: Ediciones Cátedra.
Molyneux, Maxine (1985): "Mobilization without Emancipation? Women's Interests, The State, and Revolution in Nicaragua". En: *Feminist Studies* 11, Nº 2. Págs. 227-254.
Novaro, Marcos (1994): *Piloto de Tormentas. Crisis de Representación y Personalización de la Política en Argentina.* Buenos Aires: Letra Buena.
Rapoport, Mario (2003): *Historia económica, política y social de la Argentina (1880-2000).* Buenos Aires: Ediciones Machi.

Schaumberg, Heike (2004): “Imaginaciones generacionales de lucha y trabajo en Gral. E. Mosconi, Salta”, II Jornadas de Investigación en Antropología Social, Instituto de Ciencias Antropológicas, UBA, 5 y 6 de agosto
Svampa, Maristella; Pereyra, Sebastián. (2003): *Entre la ruta y el barrio.* Buenos Aires: Biblos.